

### El eterno nocturno

—Envío del autor—

*Cuando este sol no alumbre, en la pupila mía,  
cuando el azul del cielo no me dé su color,  
cuando este día se apague, este día, mi día,  
cuando todo se oculte y no exista alegría,  
esperanza ni dolor.*

*Porque es lo inevitable, todo habrá de pasar,  
porque ahora lo digo y es un minuto más.  
¿En dónde están los otros, los que yo quiero  
amar?*

*Se llevaron mis mieses, me dejaron sin haz.*

*Si el paso por la vida pudiéramos grabar,  
si hubiese una alma amiga, de suyo en la bondad  
que palabra a palabra, el Eterno Nocturno,  
volviese a recitar,  
talvez lo que es la nada, se tornara en caricia de  
suave claridad.*

Max Jiménez

Setiembre, 1931.

para no molestarme. Estaba todavía acupada con el samovar cuando se me ocurrió que había llegado un paquete urgente para él. Dejé el samovar y le llevé el paquete. Me quedé parada, sin comprender, como la primera vez. Allí estaba mi marido, y a su lado, una mujer alta, esbelta. Ambos se volvieron a mirarme... Se encontraron nuestras miradas... No estaba borracho... Eso me hizo daño, mucho daño; hubiera querido gritar. La mujer también estaba confundida.

Y yo... Yo no sé cómo pude dejar el paquete en la mesa con tanta tranquilidad y decir: «Esto ha llegado para ti». Me fui. Pero cuando me encontré sola estaba temblando como con fiebre. Tenía miedo de que se oyera mi temblor en la habitación de al lado; me eché en la cama y me cubrí la cabeza con la colcha. No quería oír nada, saber nada, sentir nada. Pero los pensamientos corren, torturan...

Están hablando bajo... No duermen... La voz de la mujer se levanta, como haciéndole reproches. A lo mejor es su amante y la ha engañado, la ha dicho que no está casado. ¿O quizás me está negando ahora mismo?... Pensé en todo... Lo sufrí todo... Cuando en la otra ocasión, borracho, me trajo a la prostituta, no sufrí tanto, aunque fué muy doloroso... Pero ahora veía claro que ya no me amaba... Ni siquiera como a una compañera, como a una hermana. A una hermana la habría respetado. No la habría metido mujeres en la casa... ¡Y qué mujeres...! Compradas en la calle... Esta sería seguramente una de esas también. Otra no iría a una casa por la noche. De pronto me entró tal furia contra ella, que hubiera entrado en la habitación y la hubiera echado de mi casa con mis propias manos si hubiese tenido fuerzas. Así estuve sufriendo hasta el amanecer. En la habitación contigua reinaba el silencio... Sentí pasos por el pasillo, muy quedos, como si alguien se quisiera escapar. Era ella. Oí que abría la puerta de la cocina. ¿Qué buscaría allí? Esperé, escuché; no se oía nada; no salía de la cocina. De un salto me puse en pie y corrí a la cocina. Allí estaba sentada en el banquito, junto a la ventana, con la cabeza hundida y llorando amargamente... Tenía el cabello largo, rubio, muy bello. Levantó los ojos hacia mí y estaban llenos de pena, que yo misma me enternecí. Me acerqué a ella, que se puso de pie, y vino hacia mí.

—Perdone usted—dijo—que haya entrado en su casa... Yo no sabía que no vivía solo... Esto me es muy violento...

Al principio yo no la entendí; sólo pensé: «Esta no es una prostituta, sino su amante», y no sé cómo se me escapó la pregunta: «¿Le ama usted?».

Me miró muy asombrada.

—Nos hemos encontrado ayer por primera vez. Prometió pagarme bien, y a mí no me importa que sea quien sea si paga.

No me acuerdo bien cómo ocurrió, pero me contó todo. También a ella la había afectado «la reducción de personal» de hacía tres meses; sufrió muchísimo por no poder enviar nada a su anciana madre, que se estaba muriendo de hambre.

marido seguía durmiendo. Ella se arregló rápidamente para marcharse. Yo la pregunté: ¿La ha pagado?

Se sonrojó, me aseguró que después de lo que habíamos hablado no tomaría dinero alguno...

Comprendí que quería marcharse antes de que despertara mi marido. No la retuve. La sorprenderá a usted, pero me costaba trabajo separarme de ella. Era tan joven, tan desgraciada, estaba tan sola. Me vestí y salí a acompañarla. Caminamos mucho; luego nos sentamos en un banco y seguimos charlando. Yo la conté mis penas... Todavía tenía el último sueldo. La convencí de que lo tomara. Al principio se negó, pero lo tomó al fin, con la condición de que, en caso de necesidad, me dirigiría a ella. Así nos separamos, como hermanas...

Para mí, mi marido había muerto. No sentía ni rencor, ni dolor. Era como si lo hubiera enterrado...

Cuando llegué a casa él trató de justificarse. Yo no le contesté, no lloré, no le hice reproches. Al día siguiente me fui a vivir a casa de una amiga. Empecé a buscar trabajo. Lo estoy haciendo hace tres semanas y no tengo esperanzas de encontrarlo. Cuando comprendí que no podía quedarme más tiempo en casa de mi amiga, busqué a aquella muchacha que mi marido llevó a casa. La acababan de llevar al hospital... De modo que ahora estoy sin trabajo, sin dinero, sin casa... ¿Me esperará la misma suerte?»

Los ojos tristes, desesperados, de mi visitante dirigen esta pregunta a la vida. En esta mirada se fundían toda la pena, todo el horror, todo el dolor que está frente al enemigo aún no vencido: la falta de trabajo; era la mirada de la mujer sola, que lucha contra el viejo orden de la vida...

Se ha ido, pero su mirada me persigue. Pide una contestación, invita a la acción, a la construcción, pero también a la lucha...

Alejandra Kollantay

## JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

### Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

### Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

### Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

### Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

### Implementos de Goma

United States Rubber Co.

### Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH

Socio Gerente

RAMON RAMIREZ A.

Socio Gerente